

la feria de los días

DOS MANERAS

ENCUENTRA Max Weber que hay dos maneras de hacer política: de un lado estarían aquellos que viven *para* la política; del otro, quienes viven *de* ella. Los primeros miran en la cosa pública algo en



cuyo servicio puede cumplirse toda una vida: la política es aquí misión y fin, expresión personal de una fe; confiere sentido a la acción, brinda un cauce determinado a las mejores energías. Para los segundos, la política representa esencialmente un instrumento de lucro.

SIMPLISMO

CLARO QUE esta clasificación, al quedar delineada en tan escuetos términos, no se halla exenta de cierto simplismo. El propio Max Weber cuida de mostrar en seguida los posibles matices de cada una

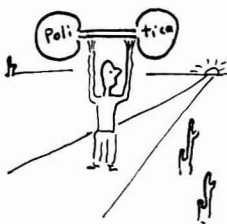


de las dos categorías, y no confirma el deslinde sino en muy especiales circunstancias.

ESQUEMA APLICABLE

EL ESQUEMA, sin embargo, podría ser aplicado justamente a nuestro medio, planteándolo como

sigue: Hay muchos hombres que en México viven, en forma exclusiva, *de* la política; que han hecho de ésta una exclusiva fuente de ingresos pecuniarios directos e indirectos; que, sin programa social deliberado alguno, ayunos de doctrina, ajenos a cualquier aspiración al margen de sus intereses privados, merodean en torno de los puestos públicos como quien busca una apetitosa oportunidad para realizar



un buen negocio. Y hay también, aunque en número muy reducido, algunos hombres dispuestos a vivir *para* la política; que piensan que el ejercicio político debe trascender el mero provecho individual, a modo de comprender vastos ideales comunes; que consideran que la participación política entraña, sobre todo, una responsabilidad, una tarea dinámica guiada por princi-



pios definidos, una entrega y no una ventaja.

DESPROPORCIÓN

POR DESGRACIA la desproporción entre unos y otros es casi grotesca. La ambición particular de



riqueza o poderío mueve primordialmente nuestro mecanismo civil. El deseo de renovación, el afán de ejecutar un ideario, se estrellan —se han estrellado siempre en la historia contemporánea de México— contra más o menos disimuladas, más o menos mezquinas avideces.

AUSENCIA

LAS CAUSAS de tal situación son múltiples y complejas. ¿Pero no es, acaso, una de las más graves



la constituida por la virtual ausencia del intelectual —en tanto que intelectual— en la indispensable orientación y ponderación de nuestra vida pública?

—J. G. T.